Núm. 9

Dibujo de Igual.ª Ruiz.

© Biblioteca Nacional de España

PRENSA POPULAR

Calvo Asensio, 3. - Madrid.
- Apartado 8.008 -

SE PUBLICA LOS JUEVES

Madrid 6 de Abril de 1922
Año I. - Número 9.

—¡Qué ojeras, nenita! ¿Por qué no regala usted el perro?

Dibujo de GARRÁN

De entre todas las revistas galantes hasta el día publicadas en España, FLIRT *se destaca brillantemente por haber purificado las ligerezas de la literatura galante con el prestigio de sus colaboradores, los más altos prestigios de nuestra intelectualidad. Para avalorar aun más esta publicación y revestirla de toda la delicadeza, todo el interés y toda la gracia galante de las grandes publicaciones mundiales de este género, como* La Vie Parisienne *y otras, para superarlas, publicamos esta Revista* **a todo color,** *sin aumentar su precio, aunque este modo de corresponder al creciente favor que el público nos dispensa signifique, como el lector advertirá, un oneroso sacrificio, y, doblemente, cuando por prestar más distinción a nuestro semanario no insertamos ningún género de anuncios, única publicación en España que, por consideración a sus lectores, renuncia a este considerable ingreso.*

Consecuentes en nuestro propósito de hacer de FLIRT, *dentro de su carácter marcadamente galante, una revista excepcional, tanto por el primor y el lujo de su tirada en magnífico papel, a todo color, como por su colaboración selectísima y el interés y la gracia picante de sus dibujos y sus temas, le renovaremos constantemente, para prestarle un mayor interés y encanto.*

FLIRT *será, pues, siempre una gran cortesana, sin una arruga ni una cana, entre niña y mujer...*

PREPARANDO LA CENA

Dibujo de PERALS.

EL.—A mí lo que quieras, no siendo tortilla.
ELLA.—Yo tampoco la quiero, porque nunca me entraron los huevos.

—Qué, ¿ha sido otro enfado?
—¡No, señora, esta vez ha sido una ruptura!

Dibujo de LINAJE.

SUSCRIPCIÓN: MADRID, PROVINCIAS Y AMÉRICA, SEMESTRE, 8 PESETAS.—AÑO 15 PESETAS

© Biblioteca Nacional de España

LA CAJA DE LAS PASTILLAS, POR PEDRO DE REPIDE

Dos hombres, aproximadamente de la misma edad, pero en cuyo rostro y atavío se advertían muy distintos cuidados, tropezáronse fronteramente al volver de una esquina, y con tan fuerte encontronazo, que un pie de uno fué a colocarse violenta y pesadamente sobre un pie del otro.

Inmediatamente simultanearon sus piropos, breves y elocuentes.

—¡So bruto!

—¡So animal!

En este momento, como hubiesen quedado contemplándose fijamente, pusieron una agradable transición en su gesto y en su mirada, y ya con más amabilidad, hubieron de decirse:

—¡Querido Mengánez!

—¿Eres tú, Perengánez?

Y ambos amigos se estrecharon entre sus brazos, porque no hubiera sido pertinente que se estrecharan entre los del vecino.

Eran dos antiguos condiscípulos que no se habían visto desde los días, afortunadamente lejanos, en que soportaban juntos las vacuidades y las chinchorrerías de la enseñanza oficial. Luego habían dejado de verse durante varios años, hasta que la casualidad, en forma de pisotón, les había reunido nuevamente al volver de una esquina.

El aspecto de ambos era, como ya indicado queda, bastante diferente. Gordo y rollizo el uno, con la satisfacción del vivir reflejada en la jubilosa faz y mostrando por la excelencia de su indumento que no era en la escasez donde precisamente desenvolvía su vida. Además de su caraza medio congestionada, sobresalía, como un botalón de proa, el espléndido veguero que chupaba el feliz mortal. Con esta repugnante presencia de nuevo rico, contrastaba la del otro viandante, flácido, derrotado en su vestir, y hombre en cuyo pálido rostro iban manifestadas las preocupaciones de un amargo vivir.

—Vaya, chico; pues en medio de todo me alegro haberte pisado.

—Muchas gracias.

—La verdad. Por ello nos hemos reconocido. Siempre me acordé mucho de ti. ¿Qué es de tu vida?

—Mal, muy mal. Hice la tontería de casarme.

—Hombre, te diré. Yo también me he casado, y no estoy arrepentido.

—Es que yo me casé sin dos pesetas y con una mujer pobre. Para colmo de gracias, mi dulce esposa tiene una fecundidad principesca. Y tú no sabes lo que es eso de tener una mujer así. Es casi tan grave como protestar de los abusos del Metropolitano.

—Entonces te compadezco. Porque yo me casé con una mujer que tiene mucho dinero. Y además, no tenemos nunca chicos.

—Pero estaréis sacrificados.

—No lo creas. Hay un específico maravilloso. Una caja con unas pastillas... Cuestan caras, es verdad, pero su resultado es positivo. Vete mañana a mi casa a tomar café conmigo y te daré las que me quedan para que se las des a tu mujer. A mí no me supone nada comprar una caja nueva.

Y con protestas de agradecimiento y ofrecimientos mutuos, y ferviente renovación de los votos de su antigua amistad, despidiéronse los condiscípulos hasta el siguiente día.

Puntual a la cita acudió el pobre Mengánez a casa del opulento Perengánez. Recibiólo su amigo con las mayores muestras de afecto y contento. Sirviéronles el café ofrecido, con notable acompañamiento y acopio de golosinas y elementos de beber y arder.

—¿Y usted a qué atribuye el divorcio de Elena con el Marqués?
—Es un hombre que tenía la lengua muy larga, y eso, seguramente, la heriría.

Dibujo de MÁRQUEZ.

Nuevamente ponderó el infeliz padre de familia las desventuras de su estado y otra vez contó el dichoso Perengánez las glorias de su situación de casado y sin hijos.

—Y a propósito—dijo de pronto a Mengánez—. Voy a cumplirte mi palabra. Te voy a dar la caja de las pastillas misteriosas, para que las use tu mujer y obtenga el resultado que la mía. Dentro va también un prospecto dando reglas para su uso. Es lo mejor que se ha inventado.

Dicho esto tocó el timbre. Apareció una linda doncellita y dióla el encargo:

—Vete a la alcoba y tráete una caja de metal que tiene unas pastillas, y está en el cajón de la mesa de noche.

Y mientras la criada volvía, continuaba Perengánez el elogio del específico.

—¡Vas a ver! La lástima es que no me hayas encontrado antes. Desde ahora se te acabaron las preocupaciones.

Al cabo de poco tiempo regresaba la doncella con las manos vacías.

—¿Y la caja?—clamó Perengánez.

—La caja no está—respondió inocentemente la criada—. Ahora recuerdo que se la ha llevado la señorita, que ha salido de paseo.

Pedro de Répide

© Biblioteca Nacional de España

LOS PECADOS SIN PERDON, POR ALBERTO INSUA

LA NINFA-SATIRO

He sido siempre implacable contra el violento pecado que simbolizan Sodoma y Gomorra, pero he adolecido siempre de blandura por el suave pecado que simboliza Lesbos. No sé porqué. Es decir: sé muy bien porqué me repugna el pecado de las ciudades malditas, de las ciudades donde los hombres pusieron sitio a la casa de Lot, y no por sus hijas, sino por los varones angélicos que había enviado Jehová para castigarlos.

¿No he de saberlo?

En la vida monástica ese odioso pecado no deja de ser frecuente. Yo he podido apreciar en algunos frailes su diabólica acción y he quedado lleno de tristeza. ¿Es posible que la vida claustral peque por su base y no haya modo de sojuzgar a esas fieras de los sentidos? Salvo raras excepciones, la existencia de un monje es un cotidiano combate contra Venus, contra Adonis, contra Priapo, contra Onán. Una vergüenza. En grande o en pequeño cada fraile es un San Antonio y cada celda una pequeña gruta en la Tebaida.

Mas, como hombre que jamás sucumbió a las tentaciones del Maligno, como hombre que habría inferido a la propia Reina de Saba, con el revés de su sandalia, y en la parte más redondeada de su cuerpo, el castigo que merecen su vanidad y su insolencia, digo que no llego a comprender del todo la lenidad, la propensión a la disculpa con que recibo siempre las confesiones de las hijas de Safo. Hay en el fondo de mi alma arisca algunas gotas de erotismo helénico. ¡Dios me perdone, a mí que no perdono nunca, o que rara vez perdono; a mí, que proveo copiosamente de combustible las hogueras luminosas de Satán!

El confesor rígido, el confesor inexorable sonríe cuando las novicias y las colegialas le relatan sus primeros sustos al sentir los dedos de raso y los labios de púrpura y miel de Afrodita sobre sus formas infantiles, todavía impropias para la ruda caricia del varón y todavía débiles para convertirse en ánforas de la especie.

El Señor me perdonará este pecado de indulgencia, y si no quiere hacerlo, ¡quién sabe si no cambiaré el Cielo por el Olimpo y al fiero Jehová por el deleitoso Júpiter!

Mas, seré comprendido y perdonado...

Porque yo no he absuelto nunca, en esta escala de los pecados lesbianos, ninguno que traspase los límites de la voluptuosidad estéril, de la caricia inconsistente. Yo he detenido a tiempo a las vírgenes voluptuosas y las he llevado al matrimonio, donde unas se purificaron como en un purgatorio, y otras — las pobres — se condenaron como en un infierno.

Y, precisamente en estos días, he descargado mi cólera sacerdotal sobre una de esas hijas de Safo, que tan numerosas y apasionadas son. ¡Apasionadas! Es lo que no puedo consentirles. Cuando su culpa es efímera—un suspiro de Venus, y nada más—yo las perdono. Pero cuando insisten, cuando convierten el gracioso artificio, el dulce simulacro de amor en un amor de veras, en un amor grave, con pasión y celos, en un matrimonio de amazonas, en una *liaison* con injurias y golpes, cuando subvierten en tal forma las leyes de la vida, yo vuelvo a ser el fraile justiciero que estigmatiza, que condena, e imprime en las almas el sello de Luzbel.

Una de mis pecadoras, frisando con los cuarenta años (trágica edad para las mujeres, edad en que ya no son jóvenes y aun no son viejas, y quieren exprimir todos los frutos del amor y hartarse de ellos), una de mis pecadoras, digo, hermosa aún, concibió por una de sus amigas una inclinación tan violenta, que logró hacerla abandonar su casa, donde vivía con su esposo y un hijo. Huyeron las amazonas y el hombre, así burlado, murió de vergüenza y de dolor. La esposa y madre culpable volvió a la casa, vistió los lutos de viuda y comenzó una vida expiatoria, sólo dulcificada por el amor al hijo. Y «la seductora», arrepentida de su crimen, por sus funestos resultados, vino a mí en demanda de consejo y de perdón.

Le dije:

—Eres un monstruo. Eres, no el delicado Hermafrodita de la leyenda y de la inmortal escultura del Vaticano, sino la mujer-hombre, la ninfa-sátiro, la rival del varón. No puedo ver por la reja del confesonario tu semblante, mas lo adivino: es hermoso, pero varonil. Eres la lesbiana trágica y exclusiva, la que siente horror del hombre y querría ser hombre. Te condeno. El diablo mutilará algún réprobo para completarte. Vete...

—Fraile estúpido — me respondió—, mi idea era recluirme en un convento y tu condenación me lanza de nuevo al pecado, a la lujuria...

—¡Ay, desdichada! ¡Ay, infame! ¿Querías ir a un convento? ¡Y dices que para arrepentirte! Eres falaz, eres hipócrita, y eres insaciable... ¡Querías un harén!

Alberto Insúa

CONSULTA

Comprendo, señora, que su situación es un tanto embarazosa...

Dibujo de TITO.

© Biblioteca Nacional de España

LA MUJER Y LOS POETA

GALERIA DE VERSOS PLATÓNICOS Y ERÓTICOS

ÍNCUBO GALANTE

Cuando te miras al cristal luciente
de tu espejo de plata y de rubíes,
al ver tus claros ojos del Oriente,
como una yerta emperatriz sonríes.

Pálidas tus mejillas y tu frente,
de su tristeza y su color te engríes,
porque tu labio místico presiente
una hora fatal en que te hastíes.

Bajo la noche, en fúnebre trasunto,
tu figura es la sombra de un difunto
que despertara al beso que la evoca.

Y, llena de pasión y de embeleso,
nos dejara en las carnes aquel beso
que ardía en los gusanos de su boca.

Adolfo Cuenca

EL COLLAR IMAGINARIO DE HORTENSIA GELABERT

Recostada en un canapé
frente al espejo, tu pagano
dorso evocara el dorso de
la blonda Venus del Tiziano.

En tu cuello—Pharos sin par—
pondré un collar que nadie imite,
robado en fabuloso mar
del mismo seno de Anfitrite.

Y porque más aun te halagara,
colocar, cerrándolo, el broche
de un lucero que yo alcanzara
de la diadema de la Noche.

Un collar digno de una diosa
para tu garganta de ondina,
fino nácar bañado en rosa,
igual que una aurora marina...

LOS CHAPINES DE LA HIDALGO

Tienen tus finas piernas la elegancia
del cuello de los cisnes rubenianos.
Se creyeran las de un delfín de Francia:
calzón corto y chapines cortesanos.

Alados son tus pies, cual los de una
ninfa a quien Pan en perseguir se afana.
Pies hechos con el nácar de la luna.
Pies dignos del coturno de Diana.

Y así son tus chapines dos barquitas
de aguda proa en mares de quimera,
en las que van los gnomos a sus citas
con margaritas de la primavera.

¡Oh, muslo de marfil, ligas brochadas,
dorso suave de cálidos jazmines!
Consuelo, ¡cómo admiro tus torneadas
piernas; pero con medias... con chapines!...

Miguel de Castro

Dibujo de FERRER SAMA.

© Biblioteca Nacional de España

MISIVAS TRASCONEJADAS, POR JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

A las cuatro cartas que me encontré en el perdido bolso de la coqueta Lola y que tuve el capricho de reproducir en uno de los números anteriores de esta alegre Revista, he de añadir hoy las cinco epístolas siguientes, que habían quedado inadvertidas en el aludido bolso y que no dejan de traerse también *lo suyo*, como puede verse.

I

«Lola idolatrada: Quisiera yo que pudieses ponerme la mano encima. No que me pegases, entiéndelo bien, sino que me colocases la manita sobre el corazón para que notases la fuerza de sus latidos. ¡Ay! Pero esa madre... esa madre fea que tienes para andar por casa y por las afueras, es capaz de sacar de quicio a un conejo de Indias que esté en la lactancia.

¿No salta a la vista el amor desinteresado y purísimo que siento por ti? ¿No son cosas evidentes mi hombría de bien, mi conducta irreprochable, mi figura gallarda y mi caída de ojos, verdaderamente atolondradora?

Pues, a pesar de todo esto, cariño mío, la fiera corrupia de tu madre no consentiría seguramente que un ardiente ósculo sellara nuestros labios, que un abrazo estrechísimo fundiera nuestros cuerpos... ¡Sólo sería capaz de autorizar nuestra unión, ante el correspondiente párroco, para toda la vida, lo cual probaría una vez más su mala intención!

¡Ay, qué mamás!... Cuando no degüello a la tuya ¡calcula tú la intensidad del amor que te profeso!

Huerfanízate pronto y así harás feliz a tu

Silvestre.

—Si tú quisieras, menudo piso te iba a poner, automóvil a la puerta y cinco mil duros para ti.
—¡Qué va! Usted no tiene más que lengua.

Dibujo de MÁRQUEZ.

II

«Cordera: Yo no sabré quizá expresarte mi cariño, porque soy muy bruto. Pero sé querer desde muy adentro, porque así me sale del alma

Obligarme a espetarle cosas finas a una mujer y a echar mano de cétiros, rosicleres, suspiros y zarandajas de esas que plantan algunos novios en las cartas que caen en verso, es condenarme a no decir «esta boca es mía» y a repudrirme las entrañas. Porque, Lola, todo lo que no sea decir a las mujeres las cosas claras y andarse con pamplinas de ensueños y de garambainas, es perder el tiempo, chica.

No extrañes, pues, que te diga de sopetón y con más verdad que el Evangelio, que te quiero con todos mis redaños, por no tener a mano mejor cosa con que hacerlo, que me gustas mucho por arriba, por abajo, por delante y por detrás, y que de noche me acuesto pensando en tus encantos, y, finalmente, que si me quieres tú como yo a ti, aquí me tienes a tu disposición, para casarme contigo el día que se te ponga en el reverendo moño.

Desea darte un abrazo muy largo y muy estrecho tu

Robustiano.

III

Gatita mía: Me tienes loco perdido. Más colado que yo, ni el limón del tiempo.

Anoche soñé que íbamos juntos a la Casa de fieras en compañía de tu madre.

La muy burra quería llevarse un mico... y se lo llevó; porque nosotros la dejamos allí y nos escapamos donde tú sabes.

No puedes imaginarte la rabia que me dió despertar, porque fué en el momento más feliz. Sí, Lola; en el momento en que uno de los leones pugnaba por apoderarse de la cabeza de tu mamá. ¡Pero tu mamá le pudo!

¡El caso es que siempre estoy soñando contigo unas atrocidades!... Y es que te llevo acurrucada dentro de mi corazón.

Sabrás que te he comprado un jersey amarillo con pintas verdes que atonta, para corresponder al gorro que tú me has hecho, que quita la cabeza.

Por cierto que ayer lo eché de menos. No sé dónde me han puesto el gorro.

Adiós, morronga. Te comería tu

Caralampio.

IV

Reina de mi vida: Tu repulsión a la fiesta nacional es el más cruel martirio a que podían haberme condenado los cielos.

¿Por qué no habían de agradarte, como a mí, los espectáculos taurinos?

¿Qué mayor satisfacción para mí que tú, que eres mi sombra y mi sol, ocupases una delantera de sol y sombra junto a mi cuerpecito marchoso y sandunguero?

¿Qué mayor ventura que aplaudir a dúo contigo la suprema sabiduría de Lalanda, los arrestos de Mejías, los puyazos de *Zurito*, los pares de *Magras* y las medias de La Rosa?

¿Porqué no había yo de tomarte la delantera todos los domingos, pichona mía?

Prepara la mantilla de madroños, la empingorotada peina (ques es tuya y de concha al mismo tiempo) y las flores que han de adornar la maceta de tu ebúrneo pecho, y no maldigas la fiesta de los toros; porque los cuernos son mi encanto, Lolilla.

Confiando en que no habrás de negárselos, te envía un beso a la media vuelta tu

Cayetano.

© Biblioteca Nacional de España

—Nada, señorito, que no me puedo meter esta sortija.
—¡No te apures, mujer, ya te la meteré yo luego!

Dibujo de LINAJE.

V

«Riquita de mis ansias: Mucho me agrada tu figura escultural; mucho me cautiva tu carácter zalamero; mucho me subyugan tus ojos gitanos, tu voz argentina, tu inteligencia clara y tu cabellera oscura; pero sobre todas esas gracias que Natura pródiga quiso acumular en tí, aprecio la estupenda maestría con que sabes confeccionar los bartolillos de crema.

La existencia, tan despreciada por los que se intoxican con legía y con otros mariscos, debe de ser junto a tí un paraíso numerado, un pedazo de la Gloria, un tocino del cielo, algo sobrenatural y divino, algo enloquecedor y enervante. Entre caricia y caricia tuya, un pastel, tuyo también, debe constituir el emporio de la felicidad. Eres vida y dulzura para quien ha sabido conquistar tu cabello de ángel, tu carne de membrillo, tu pasta de almendra, la miel de tus labios, la crema de tus pitisús, la tersura de tus limoncillos, el golpe de tus tortas... ¡ah!...

Te idolatra y se relame tu *Nicomedes.*

COMENTARIO

Esta Lola de mis culpas (y de sus cartas) debe tener una mamá de pronóstico reservado, y debe de ser una acaparadora de amantes y una frescales de tomo y lomo, aunque no sé si de más lomo que tomo, o si viceversa.

¡Concédala el Señor la dicha que merece! Amén.

ALVARO RETANA

MENEGILDA, COCINERA EN UNA CASA «MAL» DE NINAS «BIEN»

Para la pollería de 1922, no debe ser totalmente desconocido el nombre de Antonia la Morena, porque el resplandor de su fama no se ha extinguido aún en la memoria de los viejos gallos que amenizan sus tertulias narrando a la gente joven las intimidades de aquel célebre harém, algunas de cuyas odaliscas son en la actualidad honestas damas que disfrutan de la consideración general.

Antonia la Morena, era la propietaria de uno de los refugios galantes más acreditados en la Corte, allá por el año de 1894, fecha en que yo entré allí para ensayar unas dotes de cocinera aprendidas en mis diferentes trasiegos.

La encargada de la casa llamábase Pepita la Zamaya, y tenía a orgullo haber sido amante del popular torero Manuel Domínguez, apodado Desperdicios, y también el bravo, porque según la leyenda, había matado más hombres que toros. Pepita era la alcaidesa de aquella fortaleza donde se recluían de seis a siete caudillos femeninos cien veces coronados de laurel en los combates de Eros. Acorazadas por Venus, aquellas gentiles guerreras luchaban diariamente contra el deseo amoroso de los madrileños de su época, y cuando su prestigio se vulgarizaba trasladábanse a Lisboa, en cuya rua Largo o Picadeiro, tenía Antonia la Morena una sucursal de su harém de la calle de Jacometrezo.

Los lechuginos aristocráticos y los toreros más en boga, eran los principales asiduos de la casa, y cada vez que interviuvaban a una amazona sobre asuntos de Cupido abonaban veinte y cinco pesetas. Cuando la conferencia duraba toda la noche, la cuota ascendía a diez duros, por lo cual dicho está que la clientela era de lo más selecta y aristocrática.

Por aquel entonces, las legionarias de la Morena, salían a pasear todas las tardes en un magnífico coche de lujo, cuyo abono costeaba Antonia, e iban por turnos, asesoradas por Pepita la Zamaya, a oxigenarse honorablemente bajo las frondas del Retiro.

Por las noches solían concurrir a la cuarta sección de Apolo, punto de reunión del demi-monde madrileño, que aplaudía frenético la bellísima partitura de «La verbena de la Paloma», estrenada recientemente. Joaquina Pino, hacía la señá Rita; Irene Alba y Luisa Campos, eran la Casta y la Susana; Pilar Vidal, la señá Antonia; Manolo Rodríguez, el boticario; Emilito Mesejo, el Julián y su padre, el tabernero. (Todos estos actores que hoy han desaparecido o están en el otoño de su vida, ofrecíanse entonces en el apogeo de su juventud, y quienes conocimos pimpantes a Irenita Alba y Joaquinita Pino, nos cuesta trabajo reconocerlas en su actual estado.)

Las vestales de Antonia la Morena, hacían una vida patriarcal y mecánica, y su existencia transcurría sin perturbaciones De cuando en cuando sucedía que una de ellas era arrebatada al templo por la magnanimidad de un prócer que la destinaba a su exclusivo culto, e inmediatamente era sustituída por otra sacerdotisa, traída de Málaga, Valencia o Barcelona Vestían con un lujo y elegancia a discreción, porque Antonia la Morena no era partidaria de excentricidades, y todas ellas, a pesar de ser siempre más de seis, convivían en la mejor fraternidad. Posteriormente he conocido yo hogares honrados donde no existía el orden y la armonía característicos de casa de la Morena, y hermanas decentísimas podría yo citar aquí, que no se guardaban el respeto y las conside-

© Biblioteca Nacional de España

Dibujo de Ribas

LA MAJA DESNUDA, POR RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

No era un ladrón, pero por la escala del pararrayos se introdujo aquella noche en el Museo el joven artista Iluminado.

Su sueño era poderse encontrar de noche con la maja desnuda, delicioso cuerpo inverosímil, desnudo delicado de madrileña con muchas caderas, cabos finos y senos firmes, aunque la mayor firmeza de aquellos senos, el secreto de su erección estaba en que tenía al mismo tiempo cruzados los brazos detrás de la cabeza, tirando así de sus senos hacia arriba con coquetería cautivante y sabia. En las enormes alcobas de asilo que resultaban los grandes salones del Museo en la noche, Iluminado se sentía como en la iglesia de cuyo altar se va a robar la joya de oro...

¿Respondería a sus requerimientos la maja en la discreción de la soledad oscura del Museo? Tenía cara maliciosa y transigente y se cimbreaba con voluptuosidad. Iluminado creyó ver que le sonreía, que estaba colocada de otra manera, que estaba más despeinada.

Iluminado entonces, atreviéndose a todo en medio de la gran impunidad del museo nocturnal, se lo propuso.

Ella hizo un gesto de imposibilidad, y entonces comprendió Iluminado el absurdo del Arte, que hace impenetrables a las mujeres desnudas.

¡Ah! Pero... Y entonces Iluminado cometió la profanación más terrible, ya que la maja ofrecía un frente tan hermético.

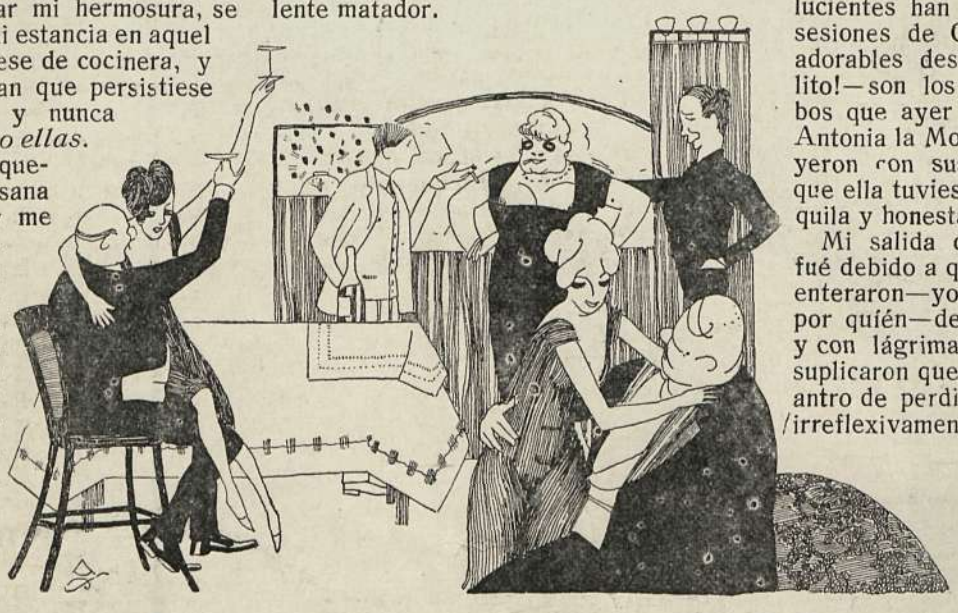
© Biblioteca Nacional de España

raciones apreciables entre las vendedoras de caricias del despacho de la calle de Jacometrezo. Claro que en contadas ocasiones surgían entre ellas alguna discrepancia por motivos pueriles; pero desaparecía el malestar con la misma facilidad que surgía. Eran unas pobres chicas esclavas de su profesión, amables, disciplinadas y jocosas, y entre otras virtudes poseían la de «hacerse el cargo». Entre unas y otras me surtían de medias, zapatos y vestidos, y todas al celebrar mi hermosura, se extrañaban de mi estancia en aquel sitio, aunque fuese de cocinera, y me recomendaban que persistiese en mi honradez y nunca concluyera *como ellas*.

Yo entré en aquella casa por malsana curiosidad, y me costó gran trabajo vencer la oposición de la propia Antonia la Morena; pero yo era terca como una mula y quería conocer el régimen interior de aquella Meca de la galantería.

Mis obligaciones eran ir a la compra y consagrarme en la cocina a guisar cuanto se consumía en la casa; pero como mi feudo estaba contiguo al comedor, que era donde las odaliscas de Antonia la Morena recibían a sus amigos, yo me enteraba de casi todo lo que allí se hablaba. Por aquella época los nocherniegos de «postín» no contaban con otro sitio de expansión que Fornos, a cuyos gabinetes reservados concurrían con las horizontales de moda; pero muchos petimetres preferían acudir a la salida de los teatros a casa de la Morena, y entre botella y botella de manzanilla, cognac o jerez, comentábanse las novedades de la vida española.

Muerto en mayo el Espartero, quedaba dueño único de la idolatría popular Guerrita, sin más torero para disputarle la simpatía de la afición taurina que Reverte, pues Fuentes todavía no se había consagrado y Mazzantini no pasaba de ser un excelente matador.



Se leía a Campoamor, y sus doloras impresionaban a las princesas galantes, aunque otras preferían documentarse históricamente con los Episodios nacionales de don Benito Pérez Galdós. Sagasta y Cánovas, eran los políticos que apasionaban y se aquilataban sus méritos, se comparaban sus procedimientos gubernamentales, y aun sin militar en su partido, se les reconocía superior talento. Yo, mientras freía mis buenas fuentes de patatas o trabajaba la masa de las empanadillas, oía como los hoy reverendos padres de la patria adentrados en la Defensa Social, encarnizados perseguidores de la literatura picaresca y defensores sin patente de la moral, disertaban sobre lo divino y lo humano entre sorbo y sorbo de cognac, teniendo sentadas sobre sus rodillas a alguna buena moza. Estos viejos hipócritas y libidinosos que hoy se deleitan con las mismas novelas que prohiben y cuyas calvas relucientes han magnificado las sesiones de Chancleter — ¡oh adorables desnudeces de Chelito! — son los fogosos mancebos que ayer enriquecieron a Antonia la Morena y contribuyeron con sus despilfarros a que ella tuviese una vejez tranquila y honesta.

Mi salida de aquella casa fué debido a que mis padres se enteraron — yo no sé cómo ni por quién — de mi estancia allí, y con lágrimas en los ojos me suplicaron que huyese de aquel antro de perdición, donde tan irreflexivamente me introduje.

Yo les aseguré que en aquel antro había una abundante servidumbre y que por las obligaciones de mi cargo no veía absolutamente nada indecoroso; que la casa era una balsa de aceite; pero precisamente por aquellos días un señorito chulo y borracho, rajó la cara a una muchacha de las que vivían allí, y aquello me animó a abandonar el harém de la justamente célebre Antonia la Morena.

Alvaro Retana

LOS CLASICOS DEL AMOR, SELECCIONADO POR CRISTOBAL DE CASTRO

SOBRE LA BELLEZA DE UNA BONITA PIERNA, POR EL ABATE BRANTOME

Entre los encantos más pérfidos, livianos y deliciosos, de una dama galante, está la pierna linda. Así ellas cuidan de exhibirlas con picardía y en sazón.

De una muy noble sé, que entre sus damas prefería con mucho a una, sólo porque sabía ponerle las medias tan bien estiradas y las ligas tan bien ceñidas, que la colmó de beneficios.

Y no es de suyo, el que así se compusiera para ocultarlas siempre bajo las faldas; antes para mostrarlas en un revuelo y despertar amor en los hombres. Y aun esta dama, no podía excusar que lo hacía por su marido, pues era viuda. Verdad que hacía lo mismo en tiempo del marido y siguió después de perderlo.

He conocido muchas bellas y honestas damas, especialmente cuidadosas de sus piernas. Y llevaban razón, pues hay en ello más lascivia de lo que se cree.

He conocido en tiempos, una bella y honesta joven de la corte, que, enamorada de un gran señor, viéndole venir por una apretada alameda, hizo como que se le caía una liga. Y con discreción, empezó a estirarse la media y arreglarse la liga, de modo que él vió la linda pierna; y tanto le plugo, que obró en su amor aun más que el bello rostro, juzgando que las dos hermosas columnas debían sostener un soberbio edificio, como lo dijo luego cuando ella fué su amante.

He oído también de una dama hermosísima e inteligente, que haciéndose estirar las medias por su ayuda de cámara, le preguntó si no le daba aquello tentaciones. El lacayo, pen-

© Biblioteca Nacional de España

sando hablar con respeto, le respondió que no. Ella alzó la mano, dándole una gran bofetada y diciendo:

—«Idos. No me serviréis más. Os despido por tonto.»

Muchos lacayos hay que no son tan respectuosos vistiendo y calzando a sus damas. Y muchos caballeros que no hubiesen tenido el rasgo atento del lacayo.

Y no data de hoy apreciar la belleza de una pierna linda, sino que ya en los tiempos romanos, leemos que Lucio Vitelio, padre del emperador de este nombre, muy enamorado de Mesalina y deseando congraciarse con el marido por mediación de ella, rogóle un día que le concediera un don. La emperatriz dijo:

—¿Cuál?

—Señora—dijo él—. Permitidme un día descalzaros las sandalias.

Mesalina, que era muy cortés con sus súbditos, no quiso rehusarle esta gracia, y habiéndola descalzado, guardó siempre consigo la sandalia, besándola a cada momento, por recordarle aquella pierna linda.

Tenemos en «Los cien cuentos de Margarita de Navarra», aquel milord inglés que llevó siempre al pecho el guante de su dama. He conocido muchos caballeros galanes que antes de llevar medias de seda a sus damas, rogaban que se las probasen delante de ellos, y las llevaban diez o doce días y luego se las ponían con veneración.

He oído hacer cuestión de cuál pierna es más atractiva y tentadora: la desnuda, o la con medias y calzada.

Muchos creen que no hay como el natural, en una pierna blanca, pulida y bien hecha, vista a su hora en un lecho, porque desnuda no podría mostrarla una dama en la calle.

De otra cosa debe guardarse la dama a este propósito. Y es, de no disfrazar su sexo vistiendo de hombre. Pues aunque tuviese la pierna más linda del mundo, aparece siempre deforme; de tal modo se ha menester la propiedad en las cosas.

No conviene, pues, que una dama se vista de hombre, a no ser para adonizarse con un lindo birrete de plumas a la güelfa o la gibelina, como lo han puesto en boga nuestras damas. Y aun esto no a todas va bien, pues se necesita tener el rostro a propósito, como nuestra reina de Navarra, de la cual, al verla en tal guisa, no sabría decirse si era un lindo muchacho o la gentil dama que era.

En nuestra corte hemos visto a reinas y damas, especialmente a la reina madre, representar y ejecutar bailes preciosos. Pero lo que mirábamos los cortesanos eran las piernas; porque siendo las ropas y cotas muy más bajas que lo ordinario, a veces les veíamos hasta el muslo.

Algunas veces, y esto ocurrió con la picaresca madama X, aprovechábamos el revuelo de las faldas, poniéndonos a atisbar, pues siempre se veía algo bueno. Dicha madama que era grande de cuerpo y tenía formas abundantes, gustaba de bailar para exhibirlas y enardecernos por la posta. Mucho daban de sí los senos, que llevaba altos y pomposos; pero más aún gozaba ella y gozábamos todos juntos, contemplando el revuelo de sus faldas, que se le alzaban lindamente, dejando al descubierto la blancura de bellos muslos.

En tales ocasiones madama X sonreía con tentación, bien satisfecha de mostrar ocultos tesoros, los cuales eran más preciados porque iban y venían entre las faldas, como dos soles entre nubes...

—No me importa que me vuelvas la espalda.
—¿Por qué?
—Porque estás estupenda por detrás.

Dibujo de MÁRQUEZ.

LIGA BENÉFICA

—¿Y a usted no le gustaría participar de los beneficios de la Liga?
—¡Oh, señora! Mis aspiraciones son más altas.

Dibujo de TITO.

BIBLIOTECA NACIONAL

© Biblioteca Nacional de España

AVENTURAS DEL "DETECTIVE" MOSQUERA, POR EMILIO CARRERE

(*Continuación.*)

. . . . . .

—Lo natural sería que mi hijo fuese blanco.

—Es claro.

—Pues no señor, que es negro.

—¿Qué dice usted?

—Que mi mujer ha dado a luz un negrito.

Mosquera dió un salto.

—Es interesante.

—Es horrible. Parece un muñeco de chocolate. Y yo soy rubio... y ella es...

—Comprendo lo que quiere usted decir. Pero no se precipite...

—No tenga cuidado; conozco el camino.

—Digo que no prejuzgue, amigo mío. ¿Usted tiene algún amigo de ese color?

—Le diré a usted. El tabernero de abajo tiene un criado negro; en el catorce vive un negro que es boxeador, y enfrente hay una timba donde hay un «botones» negro.

—¡Eso es una racha de negros! ¿Y usted sospecha de alguno?

Se oyó un hondo suspiro.

—¡Ay, yo sospecho de todos los habitantes del Golfo de Guinea!

—¡Sensato varón!

—Conozco a mi señora...

—¡Apasionado temperamento!

Se cruzaron con una maquinilla de Ciudad Lineal. Pitaba terriblemente, exhalaba grandes tufaradas y andaba con la lenta solemnidad de una tortuga.

—Este tranvía parece que posee un espíritu portugués. ¡Cuánto estrépito y qué poco anda!—observó Mosquera.

—Ya llegamos—dijo el mecánico. En aquel hotelito encarnado.

Un minuto después el auto se detenía. La parejita se apeó.

La rubia al ver a Mosquera dió un pequeño grito:

—¿Quién es este señor gordo?

El galán comenzó a dar muestras de gran azoramiento.

—¡Nos han espiado!

Mosquera se apeó y quiso dar explicaciones.

—No tema nada. Yo soy un amigo de su esposo que vela por su honor.

Al oir el nombre de su esposo la rubia dió un grito y cayó al suelo. El joven se precipitó sobre ella y la asió las manos. Después ocultó algo en el bolsillo.

Mosquera y el chofer también acudieron en su auxilio.

—¡Demonio de nervios!

—Un poco de agua.

—Yo tengo en mi abrigo un frasquito de sales—dijo el joven—. ¡A ver! Debo de haberlo dejado en el auto.

—Pues corra usted a buscarlo—exclamó Mosquera.

El galán obedeció, pero en vez de entrar en el coche saltó rápido al volante, y antes de que se diesen cuenta emprendió una carrera desenfrenada.

—¿Adónde va ese hombre?

—Irá a buscar a un médico—dijo Mosquera, dando aire a la desmayada con su sombrero.

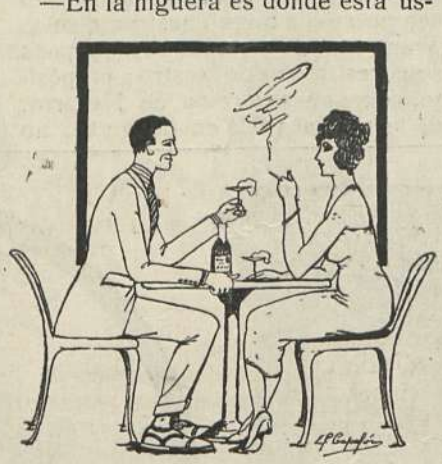
La rubia abrió los ojos, y, naturalmente, exclamó:

—¿Dónde estoy? ¿Y Eddy? ¿Dónde está Eddy?

—Tranquilícese usted, señora. Estamos en la Ciudad Lineal.

De repente se irguió furiosa.

—En la higuera es donde está usted, señor polizonte. Ante sus narices me acaban de robar una sortija de brillantes.



—¡Cuánto siento la muerte de Tulú, Pedro!
—¿Pero un perro encuentras a faltar?
—Sí, sobre todo cuando tú no vienes.

Dibujo de L. G. CAPAFÓN.

—¡Qué dice usted! ¿Quién se la puede haber robado?

—¡El!

—Pero ¿quién es ese caballero?

—Quién ha de ser. *¡Fantomas!* El rey de los apaches.

El mecánico dió un alarido.

—¡Entonces, mi coche!... ¡Me ha robado mi coche!...

Mosquera sonreía satisfecho.

—Este asunto se pone interesante. No tengan ustedes cuidado, que yo cazaré a ese facineroso.

La rubia lloraba.

—¡Qué lástima! El único hombre célebre que faltaba en mi colección. ¡Y parecía un joven tan robusto!

—Y ahora ¿qué hacemos?—dijo el mecánico.

—A Madrid—gritó Mosquera—. A descubrir la madriguera del ladrón y a entregarle a la policía.

La rubia se quedó en su hotel y los dos hombres esperaron al tranvía.

—Verdaderamente que su intervención en este asunto ha sido lamentable, señor Mosquera—dijo el mecánico.

ENTRE NEGROS

El tranvía de vapor tardó cinco horas en traer a nuestros amigos. El mecánico corrió al punto de la calle del Carmen, donde su amo le esperaba seguramente para recibir la cuenta. Allí estaba en efecto, dando muestras de impaciencia.

—Pero ¿qué te ha pasado, animal?

Este fué el cariñoso saludo que recibió de su amo.

Y cuando el mecánico iba a hacer el relato de sus desventuras, el amo le atajó:

—Calla, imbécil, que lo sé todo.

—Pero ¿qué sabe usted?

—Que te has ido de juerga a las Ventas con unas golfas y con ese tío gordo que viene contigo, has cogido una curda y mientras la dormías has dejado el coche abandonado en la carretera.

—¡Eso es una calumnia!

—Aquí está el coche, avestruz. Gracias a tu compañero Llopis que me lo ha traído.

Llopis compareció.

—Sí, hombre. El coche lo he encontrado yo en medio del camino. Un señorito que había por allí me dijo que estabas de cuchipanda no sé dónde y que habías dicho que le dieran morcilla al coche y a su amo.

—¡Eso es mentira!—y contó lo que le había ocurrido, atestiguado por Mosquera.

Pero el amo no lo creyó y el desventurado chófer quedó despedido.

—Me las ha de pagar ese *Fantomas*—gritaba Mosquera.

—Bien se estará riendo de todos a estas horas—dijo el mecánico—. Y menos mal que ha devuelto el coche. Por lo visto le era difícil empeñarlo.

Y tras de despedirse para descansar, se despidieron, citándose para la noche

Pero Mosquera no descansaba nunca. Corrió a buscar al marido de la rubia para darle cuenta de lo ocurrido.

El esposo ultrajado acudió a casa

Emilio Carrere.

(*Continuará.*)

© Biblioteca Nacional de España

UN CUENTO GALANTE, POR

F. GARCIA SANCHIZ

(Dibujo de Tovar.)

DILEMA

Durante unos días quedó sola con su padre y la criada nueva en la ciudad. La abuelita, mamá y los hermanillos habíanse trasladado ya al campo, pues comenzaba junio. El jefe de la familia no podría ir hasta más adelante, por causa de los negocios. Hombre maduro y envejecido, nada nostálgico de la bohemia solteril, en lugar de alegrarse con la efímera viudez veraniega, según acontece a todos los casados, lamentaba la ausencia de los suyos. Para consuelo obligó a quedarse con él a la hija mayor, una mujercita de veinte años. Vehemente, mimosa, alegre y hábil, evitaba a su progenitor la soledad, rodeándole de zalamerías y ternuras deliciosas.

Pero allí quien realmente gozaba era ella, la señorita Rosario. Por de pronto, nadie con más autoridad en la casa. Durante una temporada disponía a su antojo, haciéndose la ilusión de que ya regía el hogar que por el tiempo fundaría con su novio. Además, el padre se tornaba cariñoso como nunca, agasajaba a la nena dándole beligerancia de persona mayor. Y aun no acaban con esto las ventajas. Está el levantarse tarde. Y disfrutar sin sobresalto de la molicie en lo mejor de la jornada Y que no importaba que la lámpara de su cuarto alumbrase toda la noche, desvelada la muchachacha en lecturas novelescas, interrumpidas por maternales visitas en ronda policíaca...

Cabalmente aquella velada sentía Rosarito la plenitud inefable de su libertad. Se hallaba caída en un diván de la galería que da al jardín. Sombras geométricas y perfumadas abajo, con murmullo de agua que corre, y en lo alto un cielo serenado en su claridad azulenca, donde las estrellas vibraban en polvareda cristalina. Olía el aire a jazmines y rosas. En los árboles, aleteos rápidos de pájaros que no acertaban a reposar en el nocturno excitante, y de vez en cuando la iniciación de un cántico que sonaba a ruiseñor. El caserón se alza aislado en las afueras y desde su reposo no veía la soñadora más que la campiña, con lucecitas de los dispersos caseríos y rumoreo de los perros, y allá, al fondo, las innumerables ventanas amarillas de una fábrica, sobre la que se elevaba el horizonte montañoso.

Rosario se despidió con un beso de su padre. Luego fué cerrando puertas tras sí hasta encontrarse en su habitación, que abre a la galería. Enciende la lámpara y la apaga en seguida, no sin antes mirarse al espejo. Se desnuda. Vuelve a vestirse con una muselina flotante, y, como un chico, se divierte metiendo y sacando los pies sin medias en unas chinelas de junco. Ya que se encuentra a gusto suyo, preparada como una sacerdotisa, coge un libro y de sus páginas extrae un sobre cerrado y con caligrafía de rasgos varoniles. Un poco de luz graduada. Y el devorar febril de un pliego lleno de palabras de fuego y de oro, de rosas y de rubíes, un arrullo, una vehemencia feroz, el latigazo y la caricia. Acabada la lectura, torna la oscuridad. Y Rosarito, con su túnica blanca, como un fantasma, sale a la galería, contempla unos instantes el paisaje, y por último se reclina en el diván que desterraron del solemne estrado, y al acostarse, su copiosa cabellera negra se afloja y suelta desatada por fin. Rosarito sufre de placer...

¡La carta, las cartas aquellas! Desde unos meses atrás se escribe la provincianita con un poeta al que no conoce personalmente y que goza en Madrid de nombradía. Sin embargo, sus versos no valen nada al lado del epistolario. Ya etéreas y metafísicas, ya apasionadas carnalmente, indiscretas en sus murmuraciones cortesanas, o con exceso juiciosas, de cualquier modo interesan sobremanera a Rosarito las misivas del quimérico galán. Ello comenzó por juego, con una consulta de la lectora al escritor. No tardó en complicarse de novelería la correspondencia literaria, y a las pocas semanas estaban los corresponsales igualmente inflamados en deseo y casi en amor. Rosarito se estremecía leyendo las frases que el bohemio escribió sin duda con el mismo espasmo visionario de voluptuosidad. Nadie sabía ese secreto de la niña de la casona. Y menos que nadie un novio que tenía Rosarito. No es que lo ocultase ella por malicia. Las cosas se precipitaron de forma que no hubo ocasión de disponerlas convenientemente. La muchacha, por otro lado, no se decidía a desengañar al prometido suyo, que la adoraba. Primero por caridad y timidez, y luego, porque siempre sería un recurso para cuando el poeta cantase a otra musa. En tanto, se enfriaron algo las relaciones por culpa de Rosarito, que descubrió en su novio una torpeza y una vulgaridad no advertida hasta entonces. Por su parte, el desdichado, cada día cegaba más por la esquiva. Era un zagalón universitario, un poco bruto, seamos sinceros, de figura que resultaría arrogante, a no derrumbarse por desidia. Corazón sano y brazos hercúleos, de escasas palabras y con un mirar de animal salvaje reducido a domesticidad. A tanta, que Rosarito, menuda y frívola, do-

© Biblioteca Nacional de España

minaba al coloso como esos vaquerillos infantiles que mueven a su antojo, con sólo la voz, a las vacas monumentales del prado.

Transcurría la noche en su sosiego preñado de inquietudes, y Rosarito yacía abandonada a su languidez. La carta última ganaba a las anteriores en desesperada elocuencia. Coincidió el arrebato postal con una maravillosa jornada de junio y con la pasajera licencia en el vivir de que disfrutaba la burguesita. El efecto fué enorme y sutilísimo. La alucinada muchacha, sin sospecharlo, se ofrecía al prodigioso violador que se apareciese de pronto como Dánae a la lluvia de oro. Le ardía la sangre, suspiraba enternecida, lloraría, pronunciaba el nombre del ausente, y al oirse, en el aire denso, parecía encarnar a aquel a quien se invocaba... Se adormeció, rendida a su propia intensidad...

Y despertó, no despertó casi; se sintió atenazada por un monstruo, un gorila que la besaba atropelladamente y rasgaba sus vestiduras. ¡El! Es decir, no: ¡el otro! El novio. Pero Rosarito no supo ni quiso resistirse y se entregó con la furia de una bacante.

—

Madrid y otoño. Anochece. Hasta el estudio de Rafael Almazán llega la magia del crepúsculo autumnal. Cruzan la amplia vidriera de una de las paredes unas nubes rojas y moradas, con un fondo amarillo. Cielo teatralmente melancólico. Su resplandor difuso penetra en el taller. Flotante y sutil aroma de tabacos exóticos y flores, a que se mezcló la emanación de las maderas y tapices centenarios y de la vida del artista que reside allí. Este es el poeta amigo de Rosarito. Le llaman el bohemio mundano. Anda en los treinta años y su aspecto de hombre fatigado, aunque rápido en rejuvenecer, no carece de interés a los ojos de ellas y de los pintores, los cuales copiaron su testa en ocasiones diversas. Pero le distingue sobre todo una especial elocuencia disimulada, que conduce a las gentes a términos insospechados. Por ejemplo, hoy consiguió que Rosarito le visitase en su palacio encantado...

Había venido la provincianita a Madrid, invitada a pasar una temporada con unos tíos. Realmente el viaje debíase a la intriga, y la intriga nació de las cartas entre la muchacha y su lejano corruptor. Rosarito, atemorizada por el ambiente levítico de su ciudad, y no resuelto aún, antes agravado el problema del novio, se opuso siempre a que Rafael se presentase en el caserón de los suyos. Conque fué Rosario quien realizó el viaje. Nunca había estado en la corte. Extremó un poco las modas y el recelo y una ironía asustada por dentro, con el fin de no pecar de forasterismo ingenuo. En seguida se convenció de que así precisamente se delataba, y al punto simplificando sus galas y abandonándose a su natural comunicativo y risueño, se convirtió en una criatura embriagadora. De su sombrerillo escapaban los rizos, y entre las crenchas refulgían sus ojazos pardos, no menos picarescos que su boca fina y blanca, con una sonrisa aguda. Figurilla de vitrina, con el seno de medio limón; unas graciosas patacas frágiles como las de los chotos; y una voz que se filtraba en las entrañas y mataba la voluntad. Brujita de juguete, en suma.

Rafael se resignó a los paseos bajo la vigilancia de una señora de compañía, como un noviazgo *bien*, con sus sesiones de *cine*, te danzante, la Castellana y calle de Alcalá. Por suerte, Rosarito, brava y personal en sus sentimientos, se aburría repitiendo maquinalmente tales andanzas, facilitando a Rafael su misión, no precisamente apostólica. Y un buen día consiguió convencerla de de que fuese al estudio. Recurrirían a la estratagema ya clásica. Despedir a la *carabina* en el portal de una amiguita, y apenas la pobre mujer, no tan inocente como creían los cándidos burladores, desaparecía con su boa de plumas, la señorita enfilaba el camino del pecado o simplemente de la aventurilla y la libertad, sin peligro alguno ante la familia. Rosarito repitió la treta con el mejor de los éxitos...

Y en el taller, lo proverbial, lo eterno también. El te, las frutas decorativas, los cigarrillos, los vinos ilustres y la resina ardiendo con su aroma en un brasero oriental. La muchacha no fingió falsos pudores, ni alardeó de despreocupada. Recorrió la extraña vivienda, que le hubiese gustado compartir, y mejor aún, poseerla a solas. A cada momento celebraba una quisicosa, acariciaba con su manecita, todavía enguantada, un rogal labrado y secular, una seda india, un marfil legendario. Rafael, a su vez, respetaba la candorosa llaneza de Rosarito. Ni intentó besarla siquiera. Limitábase a escoltarla, como un *cicerone*. Ya vendría lo demás. Por de pronto importaba ganarse la confianza de la muchacha, acostumbrarla a esas visitas. Su actitud alcanzó una suprema corrección cuando le mostró un cofrecillo gótico, el relicario de las cartas, joyero espiritual. Rosario se ruborizó, complacida en el alma. Y se cruzaron las miradas de los amantes, como una complicidad.

Se sentaron en el suelo, en la alfombra rusa, entre almohadones de harém. Con la ayuda del tabaco rubio, de las manipulaciones en torno a un auténtico samovar, y conforme iba extinguiéndose la luz del ventanal, Rafael desplegaba su táctica. Su palabra, pulcra y diplomática destilaba la tentación como una ponzoña que va escondida bajo la piedra de un anillo. Y apenas entendía la muchacha. Ella, que se entregó a un hombre, no acertaba a interpretar las frases del seductor. Espontánea, fuerte en su brevedad, apasionada, Rosarito no vacilaría en darse de nuevo; y en cambio, resistíase, se atemorizaba al arrullo de las insinuaciones alquitaradas. Es como arrojarse al mar con el ímpetu y la alegría del baño, y como no avanzar un paso ante la laguna con su agua viscosa y su lecho de fango grato a los reptiles.

Comprendió por fin Rosarito y se desencantó repentinamente. Ella consideraba al poeta, a través de sus obras y de su epistolario, como un ser superior, como una antorcha que iluminaba y encendía los corazones. Y no había en él sino un sibarita del vicio, entre apache y sátiro, un destructor de la sencillez moral. Lujuria la suya comparable en su maldita eficacia a la morfina, la *cocó*, a los paraísos artificiales. Rosarito tuvo miedo y vergüenza. Como pidiéndole auxilio, recordó al novio de la provincia, el estudiantón como un perrazo. ¡Cuán distinto su ataque! Saltó las tapias del jardín, sin propósito ninguno, con romántica ilusión de admirar la ventana de la amada. Pero Rosarito dormía, soñaba en el amor. El mozo, excitado por la violencia del escalo, por la noche, y más que nada por lo imprevisto del encuentro, cegó, estalló, cayó sobre la presa celestial, la poseyó heroicamente. Y ella, cerrando los ojos, se entregaba en realidad a Rafael, al deseado, al que con sus palabras la había ya poseído antes...

Evocando la escena, Rosarito, acaso víctima de un espejismo sentimental, como nos seduce lo imposible del contraste, clamaba en su alma por el ausente, con un anhelo en que se confundían el remordimiento y la pasión avasalladora. Y así fué atropellada de nuevo. Tras una lucha que soliviantó al gozador, devolviéndole su rudeza varonil, desenmascarándolo de sus postizos decadentes, Rosarito se le rindió sin reservas. Es decir, no. En realidad se entregaba al otro, al novio, a su legítimo dueño...

Pregunta final: ¿ha pertenecido a alguien esta mujer que fué de dos hombres?

F. García Sanchiz

© Biblioteca Nacional de España

UNA NOVELA TACHADA POR LA CENSURA, POR JOAQUIN BELDA

(Continuación.)

. . . . . .

de las otras facetas de la voluptuosidad, por parecerle incompletas y poco intensas.

Había vuelto a la infancia, pero en sentido inverso, y ya no quería más que la ..... con todas sus consecuencias, las cuales, ¡ay! no se hicieron esperar.

Porque el coronel empezó a decaer rápidamente: unas tenebrosas ojeras, del color del ala del murciélago, surcaban su faz, y un peso invencible empezó a curvar su espalda por milímetros,—a razón de uno cada día—como si la tierra comenzase a llamarle.

Sentía con bastante frecuencia unos dolores difusos de cabeza muy intensos, y, por las mañanas, al llegar la hora de levantarse del lecho, parecíale que le habían atado a él con cadenas, tal era la pesadez y dificultad que para incorporarse encontraba. Y a pesar del exceso de satisfacción que aquellas maniobras de Angustias le producía, no era raro que por la noche, y durante el sueño, se le soltase la espita de la ..... y colmase la fatiga de la jornada con nuevos desgastes.

El coronel Lanzarote, a los cinco meses de conocer a Angustias la capitana, no era ya más que una ..... con uniforme, una especie de vencejo con aficiones de mono anciano, que vivía todas las horas del día pendiente de una sola de ellas: de aquella hora sensual y tendadora del atardecer, en que había de encaminarse al final de la calle de don Ramón de la Cruz, subir temblón y semi-atáxico unas escaleras, y caer de espaldas en un lecho, sintiendo a poco la dulce presión de una boca en la mismísima .....

Todo lo demás iba dejando de existir para él en el mundo. Estaba siempre como abstraído, como embobado, con esa expresión de éxtasis o vacío que adoptan algunos en el momento culminante del ..... con una mujer que les agrada mucho.

El general Ballesta se le quedaba mirando durante largos ratos, siempre que calculaba que él no podía darse cuenta de la inspección. Porque era una verdadera inspección a la que le sometía, como si calculase complaciente los progresos diarios de un mal con cuya acción se hubiese contado de antemano.

A veces, después de una de aquellas inspecciones, el sombrío y ..... de Ballesta modulaba una sonrisita imperceptible que parecía querer decir:

—¡Para qué voy a molestarme yo! En el pecado llevará la penitencia.

Lanzarote seguía pecando.

Otro fenómeno se producía en él por aquellos días: su devoción, su beatería, que hasta entonces no había sido más que una careta hipócrita para dar gusto al general y continuar en su gracia, se exacerbaba, en un sentido de sinceridad, que le hacía pasar largas horas en iglesias retiradas de los barrios lejanos, esos templos silenciosos y recogidos como casas de ..... y en los que la clientela femenina suele ser muy parecida.

Esta devoción de ahora del bueno de Lanzarote era completamente sincera: el hombre sentía impulsos muy frecuentes de postrarse a los pies de la Divinidad, más que para pedir el perdón de sus culpas, para confortarse mascuseando unos rezos, que parecía saborear con un movimiento de boca muy parecido al que empleaba la vampira de Angustias para ..... Por lo visto, se trataba, por parte del coronel, de una imitación.

A medida que las energías físicas se le iban debilitando, Lanzarote sentía crecer sus incendios religiosos. Las sartas de sus oraciones se hacían interminables, volviendo mil veces sobre una misma, como si creyese que, por haber pronunciado mal una palabra, u olvidado una cosa, no tuviesen fuerza suficiente para llegar al cielo.

Y así, entre las ..... que su querida le hacía, y el desgaste psíquico que sus arrobos místicos le ocasionaban, Lanzarote se iba quedando hecho una pavesa de cuerpo y de alma, como si, poco a poco, se despegase de este mundo, dispuesto a echar a volar al menor soplo.

—

Aquel día, a las tres de la tarde, el coronel Lanzarote salía de guardia.

La de hoy no había sido muy laboriosa: asistió de figura de bulto a las audiencias militares de la mañana, almorzó después en compañía de su señor, y ésta fué toda su labor intelectual en el día.

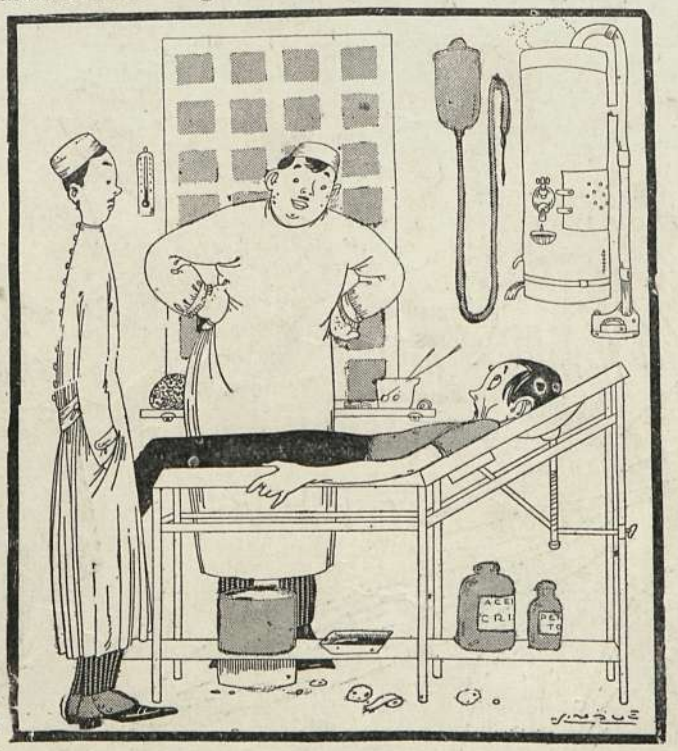
Pero, desde que muy temprano había abandonado el lecho, notaba un peso enorme en la cabeza, como si la tuviera llena de una substancia extraña, y experimentaba además una rara inquietud que, partiéndole del cerebelo, se le corría por toda la espalda y dando una vuelta muy caprichosa por el ..... iba a terminar en la mismísima punta de .....

Era la molestia de siempre, la misma que le atormentaba desde hacía algún tiempo, pero exacerbada hoy, y como concentrada.

Deseando estaba que llegase la hora de la entrevista con su amiga, y no sólo por vicio ni por afán de franca ...., sino porque era positivo que, en el rato largo—lo menos un par de horas—que seguía a la ..... notaba él un alivio en su cansancio, como un estímulo nuevo que hiciese una llamada a energías escondidas no se sabía donde. Claro que se trataba de una cosa provisional: al

Joaquín Belda

(Continuará.)



—Estoy loco. señor doctor.
—Lo creo, lo creo; ¡como que ha perdido usted la cabeza!...

Dibujo de LINAJE.

© Biblioteca Nacional de España

DOMINGO DE RAMOS GALANTE

TALLERES DE PRENSA POPULAR.—CALVO ASENSIO, 3.—APARTADO 8.008.—TELÉFONO J-624.—MADRID (8)

Dibujo de TITO

© Biblioteca Nacional de España